

Un corazón obstinado (3)

Don Luigi Giussani, *El Sentido Religioso, Capítulo VII*

Actitudes irrazonables frente al interrogante último: reducir la pregunta

Las tres primeras posturas que hemos mencionado tienen algo análogo entre ellas: el intento de vaciar las preguntas, con su negación teórica, su sustitución voluntarista por ideales emocionales propios o su negación práctica. Las tres posturas a las que nos vamos a referir ahora tienen también un denominador común: toman en serio en cierta medida la realidad del estímulo que constituye la razón, pero lo reducen: una quedándose a mitad de camino, otra aniquilándose a causa de la dificultad de su respuesta y la tercera —la más fraudulenta y cínica— convirtiendo en instrumento del poder esas sagradas preguntas en las que radica nuestra vida.

Evasión estética o sentimental

Es el primer caso. El hombre acepta las preguntas, las mide y las calibra con su sentimiento, pero no hay compromiso personal del yo, No hay un compromiso de su libertad, sino sólo un regodeo ante la repercusión emotiva que suscitan los interrogantes. La búsqueda del sentido de la vida, la urgencia, la exigencia de encontrar sentido a la vida, se conviene en un espectáculo de belleza, asume una forma estética. El mayor poeta griego moderno, Nikos Kazantzakis, dice en cierto pasaje de su poema *Odiseus*¹: «La libertad, hermanos, no está en el vino, ni en las dulces mujeres, ni en los bienes que tenemos en cajas... ni en los hijos que hay en la cuna. La libertad es un canto solitario y desdeñoso que se pierde en el viento». Está bien expresado el espacio que ofrece la exigencia de un significado total en el valor de la libertad, pero todo se queda en una emoción estética. [...]

La seriedad existencial de las preguntas humanas no puede encontrarse a gusto en el evanescente *esteticismo* de un simple reflejo suyo. Y aunque también yo he visto navegando hacia Gibraltar, en el Mediterráneo, el espectáculo de los delfines que ejecutan sus piruetas persiguiéndose en sincronía y forma perfectas, no puedo reconocer con André Gide, testigo de análoga escena, que aquello por lo que vale la pena vivir sea el placer estético, ni la naturaleza como continuo surtidor de goce estético². A una madre a quien se le muere su hijo esto no le basta; ni tampoco a uno que no tenga trabajo. Cuando la premura de nuestro sentir nos abre a la vida en toda su concreción y plenitud, no podemos pararnos a mitad de camino, regodeándonos en una experiencia emotiva que se convierte en evasión y despilfarro. [...]

«Oh sueño, verdad sin la certeza de memoria»³, dice Shakespeare en *La Tempestad*. El sueño tiene un punto de partida verdadero, un impulso ideal que crea cierto halo de imaginación, de emoción; pero no tiene «base», no tiene un fundamento que pueda ser recuperado continuamente para obedecerlo y comprobarlo de esa manera con certeza creciente.

¹ Cf. N. Kazantzakis, « Prologue » v.v 55-57, en *The Qdyssey. A Modern Sequel*, Simon and Schuster, Nueva Cork 1958, p. 2.

² « [...] y aquella muchedumbre de peces dorados, que el barco, en el momento de aproximarse a la orilla, hizo saltar y volar fuera del agua. [...] Estábamos en ese punto de la vida en el que la conmoción de toda novedad embriaga; saboreábamos juntos nuestra sed y su agotamiento. Todo, aquí, nos sorprendía, más allá de cualquier esperanza » (A. Gide, *Se ti grano non muore*, Bompiani, Milán 1947, p. 286).

³ Cf. W. Shakespeare, *La tempestad*, acto IV, escena I.

La negación desesperada

De todas las posturas erróneas ésta es la más dramática, la más apasionante, la más seria. Es la negación de que haya posibilidad de respuesta a las preguntas. Y esta postura es más viva cuanto más se sienten las preguntas. En las posturas precedentes se intenta destruir las preguntas; aquí no. Aquí se toman en serio, se es demasiado serio para negarlas. Pero, al llegar a un determinado punto, es la dificultad de las respuestas lo que lleva a decir: «No es posible».

Es la actitud más dramática porque pone en juego, entre el «sí» y el «no», la pura libertad de opción del hombre. Pero entre la opción por el «no» y la opción por el «sí», ¿cuál corresponde más al origen, a *todos los factores* de nuestra estructura? Es decir, ¿cuál es la razonable? Esta es la cuestión. La auténtica religiosidad consiste en la defensa a ultranza del valor de la razón, de la conciencia humana. El racionalismo destruye frecuentemente la posibilidad misma de la razón, la utilización por la razón de la categoría de lo posible. [...]

[*Olvidar o negar, esto es irracional.*] La desesperación que nace de semejante negación aparece en los escritos fascinantes de autores que saben expresar al ser humano y su drama. [...] [Así escribe Kerouac en su novela "la esperanza impotente":] «[...] Mi madre, mi padre, mi hermana, mi mujer y tú, hermano mío, y tú, amigo mío, llévame a la familia que no existe, pero no lo espero, no lo espero, no lo espero; me despierto y daría mil dólares por estar en mi cama»⁴.

Este «no lo espero» es evidentemente una opción, una elección sugerida ciertamente por una experiencia dolorosa; pero la negación no abarca, no da razón de todos los factores que están en juego. Lo que he llamado la aspiración imposible, más que una clara opción negativa, es frecuentemente como un pararse perdido en el umbral del final verdadero, como estar prisionero de un interrogante que renueva continuamente su herida original. Ya hemos citado la poesía de Leopardi *Sobre el retrato de una hermosa mujer*. Lo que nos interesa ahora es la dramática conclusión de esta evocación realista y fascinante: «Misterio eterno / de nuestro ser»⁵, exclama el poeta. Éste es el interrogante, el verdadero umbral anterior a la conclusión. [...]

La mayor evidencia que tiene un hombre adulto es que él no se hace a sí mismo: como ya he dicho, el hombre es aquel nivel de la naturaleza en el que ésta toma conciencia de sí, y se da cuenta de que no consiste en sí misma, de que las cosas no tienen consistencia por sí solas. Pues bien, esta experiencia es también el umbral del descubrimiento del hecho de la creación: que las cosas están hechas por Otro. Frente a la percepción de «la nada detrás de mí» hay dos posibilidades: o las cosas no se producen por sí solas, y están hechas por Otro, o son ilusiones y, por tanto, nada. ¿Cuál de las dos hipótesis es la que corresponde mejor a la realidad, no a una opinión nuestra, deducida quizá de la ideología corriente, sino a la realidad tal y como aparece en nuestra experiencia? Indudablemente la que mejor corresponde, la que es conforme a la experiencia, es la hipótesis de que la realidad está hecha por Otro: porque, aunque sea efímera e inconsistente, *existe*. Montale, a partir de su percepción vertiginosa (-de borracho-) de la inconsistencia, de la apariencia efímera de las cosas, en lugar de poner rumbo a ese reconocimiento razonable donde comienza toda experiencia religiosa verdadera y toda oración auténtica, se separa del impulso que le muestra la existencia de las cosas, niega un dato evidente, y se

⁴ Cf. J. Kerouac, *Visiones de Cody*, Grijalbo, Barcelona 1987.

⁵ G. Leopardi, «Sobre el retrato...», vv. 22-23, en *Los cantos*, op. cit., p. 223.

abandona a la negación desesperada. Y así es como lo descubrimos en su poesía *eligiendo* el «no: su no» es una opción trágica y triste.

La alienación

Para la tercera y última postura la vida tiene un sentido totalmente positivo, pero en ella se niega que este sentido contenga una verdad para la persona, que sea un sentido para la persona. El ideal vital residiría en una hipotética evolución hacia el futuro a la que todos deberíamos concurrir como único significado que tiene la vida. La dinámica espiritual de la persona y el mecanismo con el que evoluciona la realidad social tendrían como finalidad ese futuro, y al fenómeno en su conjunto se le designa con esa palabra tan enormemente equívoca que es el *progreso*. Esta visión considera las preguntas fundamentales del hombre como un estímulo funcional en la edificación de ese progreso, casi como una especie de artimaña con la que la naturaleza te forzaría a servir a su irreversible proyecto.

Pero hay una objeción radical. Las preguntas fundamentales indican justamente la aparición en la naturaleza de la dimensión *personal* del hombre, de la originalidad irreductible de su *personalidad*. Esos interrogantes constituyen mi persona, se identifican con mi razón y mi conciencia, son el contenido de mi autoconciencia: su solución, la verificación de su significado, es algo que debe tocarme a *mí*, que me atañe directamente a *mí*. No habrán tenido respuesta si ésta no se me da a *mí*, sí no es respuesta para *mí*. Es imposible hacer que la respuesta a esas preguntas consista en una realización de la colectividad, en un hipotético futuro, sin disolver con ello la identidad del hombre, sin alienarlo en una imagen donde la trama profunda de las urgencias y exigencias de su yo quede sin contestar, frustrada. Esta trama profunda me constituye a mí del mismo modo que los tejidos forman el cuerpo: sería como disolver la identidad irreductible de mi cuerpo. Las preguntas *son* mi yo; y en la solución «progresista» ese yo no tiene respuesta, queda alienado. Se trata de una solución que no se adecua a los factores en juego, y que, por tanto, es irrazonable. Tendría que destruirse el yo para que la evolución de la realidad tuviera lugar. Pero eliminar el factor principal y fundamental, que es el yo, disolviéndolo, no es resolver nada: es eliminar el factor más incómodo y decisivo.